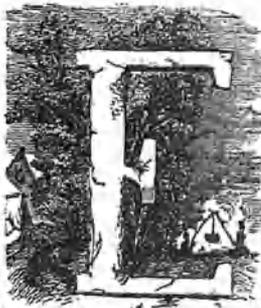


ÓRDENES MILITARES ESPAÑOLAS.



ORDEN MILITAR DEL GRIFO, DE LA JARRA Y ESTOLA DE ARAGON.



ESTA Orden fué creada en la villa de Medina del Campo el año de 1403 por el Infante D. Fernando, llamado el de Antequera, despues Rey de Aragon. Gil Gonzalez Dávila y otros escritores son de opinion de que el Infante no creó una nueva Orden de Ca-

balleria, sino que renovó en Castilla la Orden fundada en Nájera por el Rey de Navarra D. Garcia. Nos induce á creer lo contrario un códice del siglo XV que existia en el colegio de Santa Catalina mártir de Barcelona, que entre unos tratados de cetreria, contenia una traduccion lemosina de la escritura de fundacion y estatutos de esta insigne Orden. Este importante documento nos dice que su fundador fué el Infante D. Fernando de Castilla, Señor de Lara, Duque de Peñafiel, Conde de Alburquerque y de Mayorga, Señor de Castro y de Haro, hijo de D. Juan Rey de Castilla y de Portugal, títulos con que era conocido D. Fernando el de Antequera, que fué hijo de D. Juan I de Castilla, que se llamaba siempre Rey de

Portugal, aun despues de la desgraciada batalla de Aljubarrota. Fué por consiguiente el hermano de Enrique III y el que á la muerte de este, fué tutor del Rey Don Juan II, y declarado Rey de Aragon por la famosa sentencia de Caspe de 25 de Junio de 1412.

El objeto que tuvo para instituir esta Orden fué, segun en el referido códice se espresa, primero: el manifestar su amor y devocion á la Virgen María Madre de Dios; y segundo, el que los hechos militares fuesen ensalzados entre los hombres, y el que fuese alabado durante su vida el que los ejercitase, y despues de su muerte se conservase su buena memoria entre los vivos.

La traduccion lemosina de los estatutos no pone fecha alguna, concluyendo solo con la firma del que los autorizó. *E yo Pere Ferrandi secretari del dit senyor nuc infant aquestes coses de mea propia ma è escrites.* Hace mencion solo de la festividad de la Asuncion de la Virgen, en que el Infante recibió el collar y divisas de la Orden y le puso á su muger é hijos y porcion de señoras y caballeros. Debió pues, crearse la Orden, aunque no lo espresa, en el año de 1403, opinion que ademas de dedu-

cirse de la escritura de fundación, está conforme con el testimonio de respetables escritores.

El Infante (dice) se puso por sí mismo la divisa de la Orden con gran pompa y solemnidad en la Iglesia de Santa María de la Antigua en su villa de Medina del Campo, obispado de Salamanca, en la fiesta de la Asunción de nuestra Señora, feria cuarta, XV de Agosto del año MCCCIII. Que después de prestar juramento puso las divisas de la Orden á la noble Infanta su muger, á sus hijos D. Alonso y D. Juan, y á muchos caballeros y doncellas. El que escribió este código suprimió por descuido en la fecha de este memorable acontecimiento, una centena, resultando el año de 1303, época en que reinaba Don Fernando IV, y no podía de modo alguno convenir al Infante fundador que habiendo nacido en 30 de Noviembre de 1380 tenía 24 años de edad, que dice tener en los estatutos. No pueden acomodarse tampoco á otro alguno los títulos que se ha visto dá á D. Fernando; además en la feria cuarta que refiere se celebró en 1403 la fiesta de la Asunción. La fecha, es pues, Miércoles 15 de Agosto de 1403.

Después de haber puesto las divisas de la Orden á los caballeros y señoras, á quienes dispuso tan singular honra, se dijeron por el sacerdote que oficiaba dos oraciones, en que se pedía á Dios concediese al Infante y á los que habían recibido las insignias de la Orden, esfuerzo contra los infieles, como á David cuando venció á Goliath, para que fuesen defensa y amparo de las Iglesias, de las viudas, huérfanos y de los cristianos en contra de la infidelidad de los paganos.

Gonzalez Dávila copia en su historia de Enrique III una inscripción, que en memoria de la fiesta referida, existía en su tiempo en la capilla de nuestra Señora de la Antigua. Juan Lopez Osorio que escribió la historia de Medina del Campo, á lo que creo, á principios del siglo XVII, no dá noticia de semejante inscripción; dice solo, que en la misma Iglesia había pintadas unas jarras con azucenas que parecían significar los emblemas de la Orden. En la actualidad no existen ya, habiendo desaparecido en una recomposición que de esta capilla se hizo en el siglo pasado.

No consta de los estatutos que el Infante D. Fernando recibiese autorización del Rey D. Enrique III, su hermano, para fundar esta Orden; pero es de creer la obliquesse y se suprimiese en esta traducción lemosina hecha para uso de los caballeros de Aragón.

El traje de los caballeros y damas, era en los días solemnes, una especie de vestidura monil de seda blanca y la divisa un collar de jarras con azucenas de la que pendía un grifo con un dos alas blancas. Las jarras con azucenas, para denotar la pureza de la Virgen en el Misterio de la Anunciación; y el grifo, porque así como este, dicen los estatutos, es el más fuerte de todos los animales, así todos los varones distinguidos se mostrasen más fuertes y firmes en el amor de Dios y de la Virgen, y en todos los hechos de caballería.

Los estatutos permiten á los individuos de la Orden el que lleven una estola ó faja blanca de tres dedos de ancho, sin bordado el centro, como no sea de perlas ó

pedras preciosas de color blanco, los fletes de la banda podían ser de distinto color. Las damas de la Orden, así casadas como doncellas, podían usar estola ó banda de cualquier color. Se llevaba de izquierda á derecha, á diferencia de la banda de Castilla, que se llevaba de derecha á izquierda.

El retrato que vá al frente de este artículo es de D. Enrique, Infante de Aragón, Maestre que fué de Santiago, Conde de Albarquerque, Señor de Ledesma é hijo del Infante fundador, el que tanta parte tomó en las contiendas civiles de Castilla en tiempos del Rey Don Juan el II, y murió en Calatayud en 1445, de resultas de las heridas que recibió en la batalla de Olmedo. Está tomado de las obras de Chiffet que lo copió del itinerario del alemán Jorge Echingen, que viajó por Europa en el siglo XV, y trae en su obra los retratos de los Reyes y Príncipes de los países que visitó. Lleva la banda de izquierda á derecha en la forma dicha. La puesta al Rey D. Fernando V de Aragón en los sellos de algunos de privilegios concuerda exactamente con la puesta al Infante D. Enrique. El collar que lleva al cuello es también enteramente igual al designado por los estatutos. Todo esto prueba lo inexacta que es la noticia que dan algunos historiadores, de que pendía del collar de esta Orden, la imagen de nuestra Señora de la Antigua de Medina del Campo.

Electo en Caspe Rey de Aragón el Infante D. Fernando, llevó consigo esta institución de caballería á aquel reino, adonde llegó á un alto grado de esplendor. Diego Hernando de Mendoza dice en su nobiliario que el Rey D. Fernando dió su divisa de la Terraza al Rey de Castilla D. Juan el II su sobrino, al Rey de Navarra y á otros Príncipes y grandes señores y caballeros de alta guisa en estos reinos.

En la entrada triunfal que en 1413 hizo en la ciudad de Balaguer, adonde tuvo sitiado al Conde de Urgel, su competidor, dió la divisa de la Orden á ochenta caballeros. Zurita refiere así este notable suceso. «Entró el Rey en Balaguer con gran triunfo como vencedor, un domingo á 5 de Noviembre: iban delante de él los que habían de ser armados caballeros, que pensaron recibir aquella honra el día del combate, é iban delante dos pendones; el uno de las armas Reales de Aragón con la divisa del Rey de su Orden de caballería de la Jarra y leños, y un grifo, que él había instituido y recibió con gran solemnidad en la Iglesia de Santa María de la Antigua de su villa de Medina del Campo, el día de la fiesta de la Asunción de nuestra Señora del año 1403, y el otro de las armas Reales de Sicilia; y en llegando á la puerta de la ciudad, tomó una espada desnuda de la vaina y dió encima de los almetes á los que habían de ser caballeros, y celebrada la misa con gran solemnidad dió su divisa del collar de las jarras y grifo á ochenta caballeros y escuderos, asida Castilla como de estos reinos.»

En 1414 se celebró en Morella con extraordinaria magnificencia por el Papa Benedicto XIII y el Rey Don Fernando, el capítulo de la Orden y su gran fiesta de la Asunción de nuestra Señora.

Otras muchas memorias quedan de este Rey que

manifiestan la alta celebridad que alcanzó esta Orden en el reino de Aragón en tiempos de su fundador.

Su hijo y sucesor D. Alonso V, conservó en toda su grandeza la Orden del Grifo, en todas sus empresas la llevó siempre por divisa. Condecoró con ella al Emperador y otros príncipes de Alemania, Bohemia, Hungría, á Filipo, Duque Soberano de Borgoña, fundador de la Orden de Toison de oro y á muchos grandes señores y distinguidos caballeros de aquel tiempo.

En la concordancia que celebró en 1453 con Don Juan II de Castilla, para darse ambos Reyes una señal de amor y perpétua paz, según cuentan algunos historiadores, se convinieron, en que el Rey y la Reina de Castilla, los Infantes D. Alonso y Doña Isabel sus hijos con doce caballeros que escogiese el Rey de Castilla llevasen la divisa del collar de las jarras de lirios y grifo del Rey de Aragón con la estola los días de nuestra Señora y los sábados, y que el Rey de Aragón con otros doce caballeros llevasen el collar de la Escama, divisa del Rey D. Juan el II de Castilla.

Así se explica, lo que dice Gonzalez Dávila, de que el muy noble caballero Alonso Álvarez de Toledo recibió el collar y divisas de esta Orden de manos del Rey de Castilla D. Juan el II, que fué sin duda uno de los doce caballeros que escogió para tan distinguido honor.

A la venida á España de los Príncipes de la casa de Austria que trajeron consigo la insigne Orden del Toison, quedaron oscurcidas en Castilla la antigua Orden de la Banda y la divisa de la Escama, y en Aragón la Orden de la Jarra y del Grifo.

En atención al interés que pueden ofrecer á los lectores los estatutos de esta Orden militar, ponemos á continuación el extracto de sus ocho capítulos.

1.º Que los individuos de la Orden celebren la vigilia y festividad de la Asunción de nuestra Señora; que asistan á sus vísperas solemnes, y al siguiente día á la misa cantada en la Iglesia de la Virgen con sus trajes y divisas. En el caso de no poder asistir á las vísperas, que recen diez padre-nuestros, y veinte sino lo hiciesen á la misa.

2.º Que todos los que lleven la divisa de la Orden, sienten en su mesa el día de la referida fiesta á cinco

pobres, haciéndolo por amor de Dios y devoción á la Virgen.

3.º Que en la víspera y fiesta de la Asunción vistan de blanco y lleven las divisas de la Orden los individuos de ambos sexos. Los adornos y bordados de los caballeros debían ser blancos, los de las damas podían ser de cualquier otro color.

4.º Que los caballeros y damas, así casadas como doncellas prestén juramento de llevar la divisa de la Orden durante su vida.

5.º Que los caballeros de la Orden lleven las divisas los sábados, y si por algún impedimento legítimo no pudiesen llevar el traje completo, que lleven parte de él. Deja á su elección el que vistan todo de blanco ó lleven una estola ó faja blanca de tres dedos de ancho sin bordado en el centro, como no sea perlas ó piedras preciosas blancas: los filetes de la banda podían ser de cualquier otro color. Les impone la obligación de llevar las divisas en los días de la Virgen y en los sábados.

6.º Si algún individuo de la Orden llevare luto, vista de blanco la víspera y festividad de la Asunción. Que en los primeros veinte días de luto no esté obligado á ponerse la divisa en todo ó en parte, aun cuando durante ellos se celebre la fiesta referida.

7.º Que si algún caballero ó escudero que tuviere la divisa quedare vencedor en alguna batalla en que se hallasen mas de doscientos hombres de armas, que durase al menos de uno á otro sol y los contrarios fuesen al menos iguales en número, tuviere duelo con alguno, á la presencia de algún señor que mantuviese el campo seguro, pudiese dorar una de las álas del grifo de su collar. Lo mismo quiere se entienda con el que venciera en un combate naval.

8.º Que el caballero que llevare dorada un ála del grifo, si volviere á acometer otro acto de caballería y consiguiese otra victoria, llevase doradas las dos álas del grifo, quedando en el deber de dar cuenta por medio de un heraldo, de estas victorias al Infante donde quiera que estuviere, para que las publicase é hiciese saber á todos los individuos de la Orden.

TOMÁS MUÑOZ Y ROMERO.

EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

CAPÍTULO V.

No considerándose D. Enrique bastante seguro en Tordesillas, traspasó la corte á Olmedo, desde donde probó al mundo con su potestad omnimoda y suprema, que la tiranía mas atroz é inaguantable es la de un poder usurpador ó advenedizo. El corto tiempo que

allí estuvo, fué absoluto en dominio. El despachaba los negocios del interior, él oía los legados de la corte de Roma, llegando á tal punto su despotismo, que prohibió al Rey el trato con sus antiguos fieles servidores, so pretexto de evitar conspiraciones. Pero cuan-

tos mas medios de opresion empleaba para asegurar su poderio, mas eran las causas que le infundian temores de perderlo. Con sus cábalas é intrigas pudo sin embargo conservarlo aun por mas tiempo. Con sagacidad extrema contuvo las iras de su hermano D. Juan, fiel partidario del Rey, que venia armado contra él; y con criminal insulto acalló los gritos de indignacion del pueblo, convocando á Cortes en Avila, y haciendo declarar al débil Monarca ante ellas, que gozaba de la libertad mas amplia, y que daba por válido y bien hecho, lo hecho por su libertador primo y cuñado D. Enrique.

Mas á pesar de la actividad admirable que desplegó en el despacho de todos los negocios, y en contener las turbulencias de sus contrarios, no consiguió olvidar á su encantadora cuanto esquiva prima un solo momento. Como segun habia dicho, sin su mano su triunfo era incompleto, se decidió á obtenerla á toda costa, y entonces mandó al obispo de Palencia á pedirselo, y á obligarla á salir del convento; pero la Infanta por amor al poeta se negó á lo uno y á lo otro. Exasperado D. Enrique hasta el último grado, y cansado de representar un papel humillante, rogando con humildad, envió al dia siguiente á Garcí-Fernandez á sacar del convento á la Infanta sin respeto ni miramiento alguno. Y aquel hombre perverso, digno instrumento del feroz Enrique, cumplió bien su mision.

—O haceis salir á Doña Catalina, dijo el bárbaro á la Abadesa, ó reduzo á escombros el convento.

Consternadas las monjas con esta atroz amenaza corrieron presurosas á poner en conocimiento de la augusta y ejemplar reclusa el dilema cruel.

—Pues bien, hermanas mias, contestó resignada, quedará entre las ruinas.

Pero sus hermanas que no tenian motivo alguno para despreciar la vida á la vista de tan eminente peligro, atronaron la casa con sus lloros.

—Sosegaos, hermanas, les dijo, que amenazan solo por intimidar. ¿Cómo habian de tener osadía para poner sacrilegamente sus manos, no digo en el santuario, sino en sus paredes?

Los hechos vinieron á probarle en el momento mismo que de todo era capaz Garcí-Fernandez. Viendo este que retardaban algun tiempo la respuesta, empezó á golpear reciamente la portería.

—Por Dios, señora, exclamaron las monjas atemorizadas con el ruido de los repelidos golpes. ¡Salvadnos por Dios! Salvad el templo de una profanacion, salvad de la destruccion este santo asilo.

—Saldré, saldré, ¡Ni aun aquí me dejan! ¿De qué, pues, me sirve haber nacido Infanta de Castilla? Me son traidores los amigos, me persigue quien me ama de un modo bárbaro y tiránico, sepárame un abismo de la persona que adoro, no puedo vivir donde todos hallan consuelo, llevo el trastorno y desasosiego á quien me ha recibido en sus brazos... y todos me abandonan. ¡Dios mio!

Aquel mismo dia dejaron el claustro.

Mari-Barba no pudo contener las lágrimas; pues aunque triunfaba, triunfaba sobre los pedazos del corazón de su amiga.

Creyéndose, engañada por las apariencias, amada por Manrique, fué en persona, entrada la noche, á darle la nueva lisongera de su salida del convento. El trovador, que exprimía en unos versos toda la miel de su locura y de sus desengaños, quedó vivamente sorprendido de ver á su amiga.

—¡Mari-Barba! le dijo: ¿cómo tú aquí? ¿y la Infanta?

—En palacio. Hoy ha dejado las tocas.

—¡Fuera del convento! ¡Fuera del convento! exclamó con amargura. ¿Qué causa le ha impulsado á dar semejante paso?

Enojada ya Mari-Barba de oír hablar á Manrique de la Infanta sin ocuparse de su persona, le contestó con marcadas muestras de enfado.

—Yo no sé; pero creo que ha intervenido en este negocio un mensajero de su primo.

—¡Perfida! dijo apretando los puños, ¡perfida! y tantas protestas de que jamás seria suya!... verla yo en sus brazos... no, no haré eso.

—¡Cálmate, Manrique, dijo Mari-Barba, haciendo el último esfuerzo que decentemente le era lícito, aunque perdidas ya casi todas las esperanzas de ser amada, y si una pasión pura é intensa, si lágrimas de ternura, si algun sacrificio hay en la vida que puedan curar las heridas que una locura ha abierto en tu corazón, no faltará quien te ame, quien se sacrifique por tí.

—Pero no será su amor, no será el sacrificio de su vanidad!

Mari-Barba calló y clavó en Manrique sus ojos con expresion siniestra. En tanto que una muger oculta su pasión puede sobrellevar que aquel á quien adora tenga en otra puesta su amor, pero una vez declarada, ¿quién contiene sus celos en la senda de la venganza?

Dos golpecitos dados en la puerta interrumpieron el silencio que reinaba en la habitacion.

—¿Quién será? dijo el poeta maravillado; pues no acostunbraba á tener visitas á semejantes horas.

—¿Dónde salvaré mi reputacion? exclamó Mari-Barba.

—Escondéos en esa alcoba, respondióle Manrique, y salió á abrir la puerta.

Era la Infanta Doña Catalina.

Esta, pasada la primera impresion de las palabras mal interpretadas de Manrique, y exalada su pena en quejas y hondos suspiros; empezó á ver las cosas por un lado distinto de aquel que en su principio presentaba á sus ojos. Ya para ella el trovador, exigiendo un sacrificio inmenso, era el amante mas apasionado del mundo, estando apasionado debía ser celoso, teniendo celos debía ver sombras donde no habia mas que figurines, realidades donde no habia mas que sombras; ¿no sucedía á ella esto mismo? y apasionado y celoso ¿qué extraño es que herido su amor y su orgullo con el desprecio insultante del silencio, afectara desdeñ siquiera por vengar su ofensa? En su concepto, pues, habia ofendido á Manrique, y en desagravio debía darle una satisfaccion. Satisfaccion era, y no pequeña: irlo á buscar á su cuarto, ella hermana de D. Juan II. El trovador dando por bien empleadas sus injurias, que tales satisfacciones le reser-

vaban, dejó que su amada rompiera el silencio, la cual lo hizo así.

—En otro tiempo, Manrique, que por desdicha nuestra pasó muy pronto, sin pretensiones, sin celos, dándome tú el corazón en armoniosos versos, oyéndolos yo confiada y contenta, éramos los dos felices. Entonces no mirabas en mí mas que una fuente de inspiración, la realidad de tus ilusiones; entonces no miraba yo en ti mas que un genio, y me amabas como un trasunto de su idealidad, y te amaba como á un destello del cielo. Entonces tus miradas eran miradas de fuego y de ternura, tus palabras, palabras de entusiasmo, y yo te creía entonces, bastábame decirte, ¡Trovador mio! para persuadirte que estaban para mí por demas los demas hombres, que sin tí el esplendor y la grandeza me eran inútiles. Ahora... ¡qué diferencia! Los dos vertemos lágrimas lejos el uno del otro, tú dudando de mi fé, yo dudando de la tuya. Manrique ábreme tu corazón como yo te acabo de abrir el mio, y volvamos á esos dias que por desdicha nuestra volaron tan presto.

Una lágrima de satisfacción brilló en los ojos amortiguados ya, del cantor, otra de desahogo corrió por las mejillas de la Infanta. Manrique por saborear los deleites puros é inefables que aquella sincera reconciliación le ofrecía, retardó un poco la respuesta. Su amada, que deseaba vivamente oírlo repitió:

—¡Manrique!...

—¡Angel mio! dijo él al cabo.

Pero los separaba el destino.

Sonaron unos golpes en la puerta; callaron y se repitieron.

—¡Ira de Dios! ¿quién diablo será? prosiguió Manrique diciendo, y señalando una puerta á Doña Catalina; entrad ahí, añadió.

El que llamaba era el Infante que espiando los pasos de su prima la vió salir de su cuarto y entrar en el del poeta.

D. Enrique tendió sus ojos desencajados y sangrientos á su alrededor antes de dejar salir de sus labios una palabra que manifestase las sospechas que habian brotado instantáneamente de su corazón, cuya sola idea, que procuraba borrar de su mente, le estremecía de indignación y vergüenza. El trovador lo miraba con altivez.

—¿Dónde está? dijo al fin el Infante.

—¿Quién? señor.

—Vos lo sabeis.

—No os entiendo.

—Abrid las puertas.

—Perdonad, señor....

—Pronto, villano.

—No las abriré, vive Dios!

D. Enrique poco acostumbrado á réplicas de ninguna clase, exaltado con las palabras atrevidas y altaneras del poeta, se arrojó á él con la espada desnuda gritando:

—¡A mí, villano! besa mis pies, miserable, pasare sobre tu frente....

—Deteneos, señor, dijo Mari-Barba saliendo de la alcoba. No castigues esta vez á Manrique, lo que en otra



ocasion hubiérais con justicia alabado. Esponiendo su vida á vuestra indignación trataba solo, oponiéndoseos, de salvar el honor de una dama. Yo soy la que habeis visto entrar aquí.

A estas razones los dos permanecieron inmóviles aunque agitado el espíritu por bien distintos sentimientos.

—Manrique, le dijo al cabo el Infante alargándole la mano, gracias á tu caballerosidad y al favor de esta dama te perdono la insolencia de tus palabras; pero sabe para otra vez, que el Infante D. Enrique tiene espada para castigar la altanería, y cortar los vuelos á la audacia. Adios.

A poco rató salió la Infanta, sin mirar siquiera á los que consideraba amantes, persuadida por lo ocurrido de que Mari-Barba habia hecho traición á su amistad, y de que Manrique era un ingrato y un vil seductor.

—¡Catalina, Catalina! le gritó el poeta con voz conmovida.

—Ya no... ya no... contestó sin pararse.

—Oídme y matadme luego.

Mari-Barba al verlo despreciado y postrado en tierra, soltó una carejada demente.

—Aparta, muger infernal, le dijo Manrique, viendo en ella la causa de todas sus desgracias. ¡Aparta!

—Manrique, respondió ella todavía riéndose, lloraremos los tres!...

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

POESIA.

EL ESQUIVAR LA OCASION ES PREVENIR EL PELIGRO.

LEYENDA HISTÓRICA.—CASTILLA.—1358.

I.

LA MANCERA DEL REY.

En ancha capa embozado,
Hasta la sien el sombrero,
Desnudo el brillante acero
En ademan recatado;
Se vé en oscura calleja
De Sevilla la moruna
Al resplandor de la luna
Un hidalgo en un reja.
Nada trás ella se vé
Que está el aposento oscuro
Y no es tan poco seguro
El poner muy cerca el pie.
Mas si á alguno el miedo deja
Deslizarse junto al muro
Escucha el acento puro
De una muger, trás la reja;
Y sin duda á departir
Amorosos se citaron,
Pues de la dueña aguardaron
El descuidado dormir.
—Un nombre me demandais,
Dijo el hombre á la muger,
Si pretendeislo tener
Por mi medio, os engañais.
¿De mi destino inclemente
Lo infausto no concebís,
O que obrareis, presumís,
Callando, mas cuerdamente?
Por Dios, que teneis razon;
Mañana Reina os hiciera,
De Castilla, si pudiera,
Y al par de mi corazon.
Solo el último os ha dado
Lo menguado de mi estrella,
Y pues no puedo vencella,
Pedir mas es escusado.—
Calló el doncel suspirando
En su amoroso despecho
Y así pasaron gran trecho
Entrambos á dos callando.
—Si tanto puede la estrella
Contra vos, dijo á su vez
Con mal cubierta altivez
Trás de la reja la bella,
No será pediros mucho
Que un momento me escucheis.—
—Hablar, repuso él, podeis.
Que de buen grado os escucho—
—Hubo en Castilla un Rey, tiempo lejano,
Entendido, valiente, justiciero;
Azote del rebelde castellano,
Y poderoso amigo del pechero.
Era rubia su blonda cabellera
Y sus ojos de angelica ternura,
Que por su mal, de pérfida estrangera
Miraron un momento la hermosura.—
Mordió él embozado el lábio
Hasta dejarlo sangriento,
Y ella siguió con su cuento
Que tal vez era un agravio.

—Un hermano bastardo, el de Toled
Sin respetar la esposa del hermano
Lanzó á su frente, á su poder sin miedo,
Negro borron en su delirio insano.

—¡ Mentís! muger valadí!
; Silencio!... ; poder de Dios!
; Quien os ha contado á vos
Lo que se ha ocultado á mí?
—¿ Quién? ; los celos! yo guardé
El sueño de vuestra esposa,
Y suspicaz, recelosa
Junto á su lecho velé;
Alguna vez en el sueño,
De su mente roto el dique,
El nombre de D. Fadrique
Salió á su lábio risueño.
Y su rival la miraba
Con sarcástica alegría,
Y ella ; Fadrique! decia;
Ella á Fadrique llamaba!
Y á D. Pedro de Castilla,
Aquella muger mirando
Le contemplaba temblando
Rojo de rábía á su orilla.
Ronco, trémulo, imponente,
Palido el fiero semblante,
Al fin gritó en voz pujante
Mirándola frente á frente:
—Daréisme pruebas mañana;
De no ; cabeza teneis!
Y meditad las habeis
Con el diablo en forma humana.
—¿ Pruebas quereis? podeis ir
Vuestro alcázar á rondar,
Y allí las habreis de hallar
Sin tenerlas que pedir.—
Y de rábía y celos loca,
Dejó, cerrando la reja,
A D. Pedro en la calleja
Con la palabra en la boca.

II.

EL MAESTRE DE SANTIAGO.

La noche está silenciosa,
Alta la luna en el cielo
Mal brillando, trás el velo
De la bruma matinal;
El alba por el oriente
Su paso medroso avanza,
Y apenas su luz alcanza
El muerto mundo á alumbrar.
Es un ancho gabinete
Alhajado á la morisca,
De castellana odalisca
Destinado á la mansion.
Una lámpara de plata
Sobre la mesa refleja
Y una esclava ver se deja
Sobre dorado almohadon.
Alta ventana arabesca
Deja ver el ancho cielo
Libre paso dando al vuelo

De la brisa matinal;
 Y se agitan las cortinas
 En movimiento onduloso
 Al impulso vagoroso
 De su beso virginal.
 Sin duda la esclava espera
 El plazo de alguna cita,
 Pues, impaciente, no quita
 De la ventana el mirar;
 Y hay arrollada una escala
 De seda sobre la mesa
 Y parece que la pesa
 De las horas el rodar.
 Al fin sonó en la calleja
 De pasos leve ruidito,
 Y luego débil silbido
 En la estancia penetró;
 Y al arrojar á la calle
 La mirada adormecida,
 Informe, vaga, perdida
 Fantasma en la sombra vió.
 —¿Sois vos?—preguntó en voz débil
 En la ventana la esclava,
 Y el que en la calle aguardaba
 Dijo en voz débil—Soy yo--
 Y á aquella señal, la escala
 Cayó, hasta el suelo rodando,
 Y por la escala trepando
 Un hombre en la estancia entró.
 —Buen maestro de Santiago
 Le dijo entonces la mora,
 Os aguarda mi señora.
 --Pues bien, recibe tu pago--
 Contestó voz convulsiva
 En acento tan sombrío,
 Que bañó de sudor frío
 Los miembros de la cautiva;
 Que vió á la luz amarilla
 De la lámpara espirante
 El iracundo semblante
 De D. Pedro de Castilla;
 Que arrastrándola á una puerta
 Con fuerza desesperada,
 Tendió de una puñalada
 A la triste esclava, muerta.
 Y luego á andar empezó
 A largos pasos la estancia
 Maldiciendo de la Francia
 Que tal consorte le dió.
 Y allí esperaba impaciente
 La venida del hermano
 Con el puñal en la mano,
 Con el frenesí en la mente.
 Otra vez sonó á lo lejos,
 De pasos leve ruidito,
 Y otra vez débil silbido
 En la estancia penetró;
 Y al arrojar á la calle
 La mirada enfurecida
 Informe, vaga, perdida
 Fantasma en la sombra vió.
 —¿Sois vos?—preguntó D. Pedro
 Que colérico temblaba,
 Y el que en la calle aguardaba
 Dijo en voz débil—Soy yo--
 Y á aquella señal la escala
 Cayó hasta el suelo rodando
 Y por la escala trepando
 Otro hombre en la estancia entró.
 --¿En dónde están mis amores?--
 Preguntó con voz galante,
 Y vió el funesto semblante
 De D. Pedro centellar,
 Y sintió su fuerte mano

Asida de su ropaje
 Y le escuchó en su coraje
 Con voz de trueno gritar:
 —Bien, por Dios, D. Fadrique de Toledo,
 El decoro velais de vuestro hermano,
 Y á su poder sin miedo,
 ¡Necio! lanzais con atrevida mano
 Negro borron á su soberbia frente.
 ¡Oh! que pensasteis, mal, si con el nombre
 De hermano os escudasteis
 Y de mi justa cólera esperasteis
 Sin temor el torrente; en vos un hombre
 Que á mi trono escupió solo contemplo
 Y ¡por Dios! servireis de triste ejemplo
 A mi pueblo traidor. ¡Ah mis leales!
 ¡Los que mi trono, fuerte, defendisteis
 De la traicion cobarde á los puñales
 Y á Trastámara en Nájera vencisteis!
 ¡Valientes! ¡junto á mí!—Cual un torrente
 Que de la alta montaña se derrama
 Y en la fértil llanura desparrama
 Su revuelta corriente;
 Así del Rey al grito sanguinario
 Veloces sus maceros
 Inundaron el ancho gabinete,
 Feroces y altaneros
 Armados de la espuela hasta el almete.
 —¡Ahí tenéis un traidor--el Rey les dijo--
 ¡Matadle sin piedad!—y sus miradas,
 Brillaron con feroce regocijo.
 Y allí estaba el Maestro de Santiago
 Inmóvil y sereno
 Cual de tormenta en medio del estrago
 Segura roca, al retumbar del trueno.
 —¡Don Pedro de Castilla, el justiciero!
 En sarcástica voz, dijo el bastardo,
 Conozco bien tu corazón de acero
 Y de él ni amor ni compasión aguardo.
 ¡Tigre sediento de la sangre mía!
 El hijo de Leonor, tu frente escupe
 Manchada de traidora cobardía
 ¡Blanca infelice! como tú hechicera
 Mi madre era también ¡oh madre mía!—
 Y trémulo D. Pedro le escuchaba
 La vista fija, el corazón de fiera.
 —¡Rematadle, gritó de rabia roja
 Volviéndose feroz á sus maceros.
 Y allí cayó al embate de su enojo
 La flor de los cristianos caballeros.

III.

CONCLUSION.

Al fin de un oscuro tramo
 Del alcázar de Sevilla,
 De la Reina de Castilla
 En la que cámara fué,
 Orilla una chimenea
 Do arde madera olorosa
 Está sentada una hermosa
 Y un jóven rubio á su pie.
 —Os pido, la dijo, albricias,
 Ha muerto la de Borbon.
 —Bien dijo, ella, galardon
 Merecen tales noticias.
 —Murió la aleve pareja;
 Mas, hechicera Padilla,
 De ser mi esposa en Castilla
 La loca esperanza deja.
 Que aunque tu fé no denigro
 Y te adora el corazón,
*El esquivar la ocasion
 Es prevenir el peligro.*

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

REVISTA DE LA SEMANA.

No estando en las atribuciones de nuestro periódico invadir el terreno de la política, de pocos sucesos podemos hacer mención en la *Revista* de esta semana, tan fecunda en acontecimientos públicos.

Semana de ayunos, de abstinencia, y de recogimiento religioso, se han visto enteramente mudas las diversiones mundanales; y los cánticos solo han entonado las inspiraciones religiosas. El martes á las ocho de la noche los discípulos del conservatorio de música, cantaron en la iglesia de la Encarnacion el solemne *miserere* del señor Saldoni con acompañamiento de arpa, dos cla-

rinetes, dos trompas, dos arpas, dos fagotes, bursen y ofigle. El templo estuvo muy concurrido, y los hermosos cantos de este profesor fueron ejecutados con mucha inteligencia por sus aventajados discípulos.

El acontecimiento mas notable de esta semana ha sido la salida de S. M. á visitar los Santos Sagrarios el dia de Jueves Santo. Despues de la interesante ceremonia de haber lavado los pies á doce pobres, puesta de rodillas y estampando en ellos sus augustos labios, despues de haberlos servido á la mesa, en cuya larga ceremonia se le cayeron á S. M. dos platos, salió del Real Pa-



lacio á las cuatro de la tarde en la forma que la lámina lo indica. Precedíanla los criados inferiores de la Real casa, siguiendo luego los mayordomos de semana y gentileshombres, todos de grande uniforme: venian luego S. M. entre los gefes de Palacio y detrás S. M. la Reina Madre, la Srma. señora Infanta, y las Infantas hijas de D. Francisco de Paula. Las damas iban detrás todas con sus mantos riquísimos y vestidas con el mayor lujo y elegancia. La guardia de Alabarderos estrenó en este dia un mag-

nífico uniforme que recuerda el que se llevaba en tiempo de Federico II. Llevábanse tambien como de costumbre magníficas literas, donde SS. MM. y las damas se hubieran recogido si el tiempo hubiese cambiado repentinamente: por fortuna la tarde estaba serena y tranquila y la Reina anduvo siempre á pie con paso firme y majestuoso, demostrando en su semblante la mas completa salud y el completo desarrollo de su naturaleza.